

EL ESCRITOR EN LA SOCIEDAD*

VIRGILIO DIAZ GRULLON

Cuando Eduardo Latorre me invitó a decir las palabras de orden en este acto de graduación de nuestro INTEC, no se limitó a formularme el pedido sino que también me insinuó el tema que debía desarrollar por que, para vencer mis escrúpulos basados en mi confesa ignorancia sobre qué podría decir yo en una ocasión como la presente, me dijo: "Habla sobre el papel del escritor en la sociedad". Y ante mi cuestionamiento concretado en la pregunta "¿Y a quién le va a interesar eso?", me respondió sin vacilar: "A mí me interesa". Y, claro, yo no tuve nada más que alegar y aquí me tienen ustedes, alentado por la vaga esperanza de que haya entre ustedes otros Eduardo Latorre que también, insospechadamente, se interesen por lo que pueda yo decirles sobre lo que es un escritor y para qué sirve.

El tema no resulta fácil de abordar y lo que mayormente lo dificulta es la generalizada ignorancia sobre lo que es, en realidad, un escritor. Es común la creencia de que existe una profesión de escritor. Una profesión que se aprende y se ejerce como cualquier otra, como la de médico, la de abogado o la de ingeniero. Y nada está más alejado de la verdad que esa creencia. Arturo Uslar Pietri, el reputado autor venezolano, ha dicho que ser escritor no es ejercer un oficio, sino una manera de ser y de existir y agrega que el escritor no podría concebir su existencia y su propia individualidad fuera de la escritura, de la palabra, de la búsqueda de una expresión y de una comunicación con sus semejantes.

* Discurso pronunciado en los actos de la Novena Graduación del INTEC, 15 de octubre de 1983.

Por su parte, el escritor Italo Calvino se define a sí mismo de la siguiente manera: "Pertenezco a esa porción de la humanidad que transcurre la mayor parte de su tiempo en un mundo muy especial, un mundo formado por líneas horizontales donde las palabras se siguen unas a otras, y cada frase y cada párrafo ocupa su ordenado espacio; un mundo tal vez muy rico, quizás más rico que el mundo no escrito, pero que, en cada caso, requiere un ajuste especial para quien lo habita. Cuando yo me muevo del mundo escrito al otro, a éste al que corrientemente llamamos el mundo, basado en tres dimensiones, cinco sentidos, cuatro mil millones de habitantes, esto significa, para mí, repetir cada vez el drama de mi propio nacimiento, pasando a través de su trauma, para crear una realidad inteligible a partir de sensaciones confusas, elegir cada vez una estrategia nueva para afrontar lo inesperado sin ser destruído por éste".

Y sería posible seguir citando indefinidamente tentativas de escritores de definir el universo especial en que viven, mezcla confusa de sueños dispersos y realidades trucas. Cada uno podrá tener su propia y particular versión de ese universo, pero posiblemente ninguno será capaz de descodificarlo a plena satisfacción de los extraños a esa región misteriosa en que habitan.

Quizás podríamos, sin embargo, intentar una aproximación al enigma tratando, en primer lugar, de simplificarlo. Y se me ocurre hacerlo mediante la formulación de tres preguntas que serían: "¿Por qué escribe el escritor?" "¿Cómo escribe el escritor?" y, finalmente, "¿Para qué escribe el escritor?".

La pregunta de ¿por qué escribe el escritor? puede tener muchas respuestas superficiales diferentes, dependientes de la visión personal del mundo que tenga el escritor cuestionado. Los escritores llamados "comprometidos" podrían responder que escriben para contribuir a las transformaciones necesarias que deben incorporarse a nuestra sociedad para hacerla más justa. Los que adscriben a la teoría del "arte por el arte" dirían que escriben para crear belleza y producir un placer estético en los demás.

Pero, independientemente de su posición ideológica, de su cosmovisión, todos los escritores, absolutamente todos, coincidirán en un aspecto: escriben por compulsión, porque están obligados a hacerlo, porque no pueden evitarlo, porque una fuerza irresistible sobre la que no tienen ningún control los impulsa a volcar sobre un papel en blanco ideas que lo angustian y de las que deben desprenderse a toda costa. El escritor escribe, en suma, porque tiene que liberarse de sus propios fantasmas.

¿Y cuáles son esos fantasmas? Para mí, se pueden concretar a la profunda tortura que le produce al escritor la contradicción entre la

realidad que lo circunda y su propia e íntima personalidad. Porque siempre hay algo en el mundo que lo rodea que el escritor no está dispuesto a aceptar. Algo frente a lo cual se rebela su sensibilidad. En el fondo de todo escritor -a veces muy oculto, pero siempre presente- hay un rebelde. Porque cuando el escritor crea a través de su obra una realidad distinta a aquella en la que vive lo hace para sustituir una realidad que lo conturba por otra aceptable a su sensibilidad.

Esa actitud permanente de rebeldía confiere al escritor -quíralo o no- un papel de cuestionador de la sociedad en que vive. Y digo "quíralo o no" para enfatizar la circunstancia de que muchas veces el escritor no juega ese papel a plena conciencia. Lo hace, como realiza muchas cosas a lo largo de su existencia, sin saber que lo hace o, por lo menos, sin conocer al hacerlo el grado que alcanza su voluntad de cuestionamiento, su nivel de rebeldía.

Uno de los mejores ejemplos de escritor rebelde sin quererlo, o sin saber que lo era, lo ofrece Honorato de Balzac. Balzac era un hombre de ideas políticas, más que conservadoras, retrógradas. Era partidario de la monarquía absoluta y enemigo declarado de todo lo que había logrado la Revolución Francesa por el rescate de la dignidad del hombre. Adversario del sufragio universal y de la representación de los trabajadores en la Asamblea Nacional, propugnaba por el retorno a los principios del pasado bajo el alegato de que eran eternos e inmutables.

Ahora bien, esas convicciones profundas, que eran por cierto sin ceras, no se traducen en la obra literaria de Balzac, que parece concebida por alguien con muy distintas concepciones políticas e ideológicas y su monumental *Comedia Humana* profetiza el caos y la derrota de la sociedad burguesa al punto que nada menos que Marx y Engels se hacen eco de las enseñanzas sociales y la proyección histórica que contiene para sustentar sus teorías sobre la sustitución inevitable de la burguesía como clase rectora de las sociedades.

De manera, pues, que el escritor puede ser todo lo conservador que quiera en sus ideas políticas, sociales o religiosas, pero ahí termina su conservadurismo. Y es que el escritor (me refiero naturalmente al escritor creativo) no es libre de escoger sus temas, ni planear sus narraciones y desarrollarlas con absoluto control de sus pormenores. No es verdad que el escritor sea el dueño y señor absoluto de su obra. Del mismo modo que no elige su vocación sino que ésta se le impone, asimismo se le imponen sus temas. Expresando gráficamente esa idea, Mario Vargas Llosa el famoso escritor peruano, dijo una vez: "Yo no escojo mis temas: estos me escogen a mí".

Nuestros antepasados hablaban de la "inspiración" para identificar este fenómeno mediante el cual las creaciones de los poetas, artistas o escritores parecían tener un origen misterioso ajeno a la

voluntad de sus autores. Hoy en día, con el avance de las ciencias psicológicas, esa teoría ha caído en el descrédito y ya a nadie se le ocurre mencionar siquiera la palabra inspiración.

En el presente, echamos mano a las teorías freudianas del subconsciente para tratar de comprender esa enigmática condición del creador literario que escribe a veces lo que no ha deseado voluntariamente escribir, o no lo ha hecho en la forma que había escogido conscientemente para hacerlo.

Sigmund Freud había demostrado la existencia de un área de la mente humana -que llamó subconsciente- en la que se acumulan los instintos primitivos del hombre que la civilización ha amortiguado pero que se conservan allí en estado latente. La conciencia, profundamente avergonzada de esos instintos primitivos, pone en juego los mecanismos de defensa para mantenerlos prisioneros en esa zona de sombras, pero sin ejercer un control absoluto sobre ellos. El subconsciente, no obstante, encuentra puertas de escape por las que se proyecta hacia la luz, generalmente disfrazado de distorsiones, como suele hacerlo a través de los sueños cuando la conciencia o el "super yo", como la llamaba Freud, de algún modo baja la guardia o disminuye la vigilancia.

La creación literaria o artística -que es una forma de soñar- constituye otro cauce de fuga del subconsciente, aunque muchos se resisten a aceptar esta verdad con todas sus consecuencias. Yo, por lo menos, no encuentro otra razón para explicarme esta enigmática compulsión, que arrastra al escritor a escribir sobre temas que no ha escogido libremente o a desarrollarlos en formas que se le imponen sin desearlas voluntariamente.

Ahora llega el momento de formularnos la segunda pregunta: ¿Cómo escribe el escritor? Es decir, ¿qué requisitos debe llenar lo que escribe para que el propósito de la comunicación que persigue se alcance en la forma más efectiva posible? Tratemos de encontrar una respuesta a esa pregunta.

Antiguamente el autor de obras narrativas intervenía constantemente en el curso de sus relatos explicándole al lector la razón de los actos que realizaban los personajes, describiéndoles el carácter de sus héroes y heroínas y regodeándose de largas descripciones de los lugares donde ocurrían los hechos que relataba. La moderna literatura ha sobrepasado esa etapa porque la obra literaria del presente es una labor de doble vía que demanda la participación activa del lector. Al escritor de hoy no le está permitido llevar como antes de la mano a su lector. Por el contrario, debe limitarse a poner a actuar los personajes de sus historias, dejar que ellos obren por sí mismos y todo lo que el escritor quiera expresar debe hacerlo por conducto de ellos, a través de lo que ellos hagan, digan o piensen. Esta norma hace tal vez más difícil la tarea del escritor, pero sin duda hace más interesante la del lector.

Por otro lado, y contrastando también con los escritores antiguos que se empeñaban en mostrarnos una visión deformada, idealista, de la realidad, el escritor moderno pretende ofrecernos una imagen verdadera de la vida, desechando todo intento de esconder o de hermosear la cruda realidad que nos rodea. Por ello evita en lo posible referir acontecimientos excepcionales o crear caracteres exageradamente definidos como fue la tendencia durante el Romanticismo. Y es que el propósito del escritor de hoy en día no es, básicamente, el de entretenernos al al referir una historia, sino el de forzarnos a pensar sobre el sentido profundo de los acontecimientos que relata y a comprender la verdadera e íntima naturaleza de las criaturas humanas que pueblan sus historias.

Para cumplir cabalmente ese papel, que no es otro que el de ser un espejo fiel de la sociedad en que habita, el escritor ha de ser ante todo un permanente observador del mundo que le rodea. Como resultado de esa observación y de sus propias reflexiones sobre ese mundo, el escritor se forma una visión personal de las cosas, los hombres y los acontecimientos, tamizada a través de su propia sensibilidad. El escritor tendrá éxito en la misma medida en que sea capaz de transmitir plenamente, con absoluta credibilidad, esa visión personal que se ha formado. Su meta final será la de imponer esa visión a los demás en forma tan persuasiva que éstos la acepten como si fuera propia.

Otro requisito indispensable para que el escritor responda a su obligación de dar testimonio de la sociedad en que vive es el de comprender la naturaleza cambiante de esa sociedad. Nada permanece estático en este mundo y las sociedades están sujetas a transformaciones continuas. El escritor no sólo está obligado a mantener una actitud receptiva frente a esos cambios sino que, además, debe de alguna manera anticiparse a las transformaciones próximas a suceder. Y esta obligación implica una actitud de alerta permanente, de activa vigilia, para no quedarse a la zaga de las corrientes renovadoras que vivifican el tiempo en tiempo tanto las reglas y normas de su oficio como las estructuras de la sociedad en que habita.

Y pasemos ahora a la tercera y última pregunta "¿Para qué escribe el escritor?" Gabriel García Márquez, el más popular escritor contemporáneo de la Lengua Castellana, cuestionado por un periodista hace algunos años, respondió así a esa pregunta: "Escribo para que mis amigos me quieran más." Yo creo que en esa frase, aparentemente risueña y superficial, está concentrada la respuesta profunda y fundamental de la pregunta.

En efecto, todo creador literario posee una cualidad que le es indispensable y sin la cual su vocación no podría existir. Esa condición es la sensibilidad. Es decir, la propensión a sentir vivamente, profundamente, los estímulos exteriores; la capacidad de sentir -como si

lo padeciese en carne propia- el dolor que sufren los demás; la necesidad de rebelarse contra la injusticia aunque uno no sea su víctima directa. Dije una vez y quiero repetirlo ahora, que esa actitud ante la vida no es otra cosa que el reflejo de un amor profundo a la humanidad.

Porque escribir es un modo muy alto, muy extraordinario, muy privilegiado de amar y el escritor, cuando difunde su obra, busca secretamente que ese amor que siente por los demás le sea correspondido.

Aquí debemos poner punto final a estas deshilvanadas reflexiones mediante las cuales hemos pretendido esbozar cuál es, a nuestro juicio, el papel del escritor en la sociedad. Ojalá haya aportado algo para el conocimiento de ustedes sobre las características y las motivaciones de ese extraño sector de la humanidad que, como el escritor, ejerce una vocación que no ha escogido libremente, la desarrolla sin estar muy seguro de lo que hace y, para colmo, se enreda lamentablemente cuando trata de complacer a algún amigo que le pide que explique en público su función en el mundo.

Y ahora sólo me resta decir las palabras que debieron ser las primeras -y tal vez las únicas- que yo pronunciara esta tarde: ¡Felicitaciones de todo corazón a los graduandos de hoy y el mejor de los éxitos en la nueva vida que desde ahora se inicia para todos!